



LA DICTADURA ~~DEL AMOR~~

ERNESTO ORTEGA GARRIDO

Table of Contents

[Datos del libro](#)
[Dedicatoria](#)
[Crucigramas](#)
[Los amantes congelados](#)
[Fotos](#)
[33 revoluciones](#)
[El síndrome de las estrellas](#)
[Turno de noche](#)
[La Polaroid](#)
[Silencios](#)
[Residuos](#)
[Vías paralelas](#)
[Temblores](#)
[Peces](#)
[El amor que nos sobra](#)
[Dorada al horno](#)
[Temporada de setas](#)
[Callejero de sensaciones extrañas](#)
[Calcetines por San Valentín](#)
[Un fantasma en el jardín](#)
[La densidad del agua](#)
[Un amante debajo de la cama](#)
[Marcas en las paredes](#)
[Lugar de paso](#)
[Patio de luces. Exterior. Noche.](#)
[Sobre el autor](#)

LA DICTADURA DEL AMOR

Autor: Ortega Garrido, Ernesto

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.64

© 2014, Ernesto Ortega Garrido

© Diseño de portada Nacho Gallego

Ediciones Digitales La toalla del boxeador
latoalladelboxeador@gmail.com

Todos los derechos están reservados. Prohibida la reproducción total y parcial sin consentimiento del autor

Nota del autor: La dictadura del amor fue publicada en formato tradicional por la Editorial LCK15 en mayo de 2012.

Dedicatoria

Estos relatos están dedicados a tres mujeres.

*A Luisa, mi madre, a la que, allí donde esté, le debo todo
lo que soy.*

*A Lola, mi chica, con la que comparto mi vida y todo lo de-
más*

*Y a Irene, mi hija, que cuando escribí este libro todavía no
había venido al mundo y sin embargo ya la quería con locu-
ra.*

Tres formas diferentes de amar.

Crucigramas

LUGAR del que expulsaron a Adán y a Eva.

7 letras. Vertical. **P-A-R-A-Í-S-O**. Nosotros también estuvimos allí. Era un piso de alquiler, un 3º sin ascensor en el barrio de Moratalaz, que siempre olía a ajo. Aunque vivíamos en pecado, nadie nos expulsó. Simplemente la televisión fue sustituyendo al sexo, los silencios se comieron las palabras y el olor a ajo, que se había pegado a las paredes, acabó desapareciendo, y aquel paraíso se convirtió en un lugar común.

Asiento cómodo para dos o más personas. Plural.

5 letras. Horizontal. Comienza por S. Sillón. No. Sillón es singular. Además, sólo cabe una persona. **S-O-F-Á-S**. Dicen que una casa no es una casa hasta que no tiene un sofá. Nosotros teníamos dos. Los habíamos comprado en una exposición de muebles, cuando todavía estábamos en el paraíso. Eran blancos, de líneas rectas. En cuanto los vimos, los dos pensamos que serían perfectos para el salón. Los trajeron en una furgoneta y tuvieron que subirlos por las escaleras, deteniéndose en cada rellano para evitar que rozasen las paredes. Los desembalaron y los colocaron en el salón, formando una L, tal y como les indicamos, y antes de que hubiesen salido por la puerta, ya estábamos haciendo el amor encima de ellos. Con el día a día y Stoikov saltando de uno a otro, pronto nos dimos cuenta de que nos habíamos equivocado de color: poco a poco, el blanco fue adquiriendo un tono vainilla. Ella sugirió que los cubriésemos

con unas fundas de quita y pon, como habíamos visto hacer a algunos de nuestros amigos, de ésas que se retiran cuando vienen las visitas, pero a mí me pareció una estupidez. No sé, quizás deberíamos haber puesto esas malditas fundas.

Presiona con el pie. También, ciudad italiana.

4 letras. Vertical. **P-I-S-A**. Estuvimos allí unas vacaciones. Fue en un viaje organizado, en el que recorrimos toda Italia de ciudad en ciudad. En algunas ni siquiera nos quedábamos a dormir. Llegábamos, nos bajábamos del autobús, dábamos un paseo para ver los principales atractivos de la ciudad, hacíamos fotos y nos marchábamos enseguida. En Pisa nos hicimos fotos, fotos típicas, fotos inclinados en la misma posición que la torre o sujetándola con la palma de la mano. Si no tienes fotos de los lugares a los que viajas es como si nunca hubieses estado en ellos. A ella le gustaba colocarlas en álbumes que ordenaba por fechas. De vez en cuando nos sentábamos en el sofá y repasábamos las fotos de nuestros viajes. Me decía: "¡Qué delgada estaba aquí!" o "Este museo me encantó. Tenemos que volver algún día". Las fotos de Pisa estarán en alguno de los álbumes de la estantería. No quiso llevárselos. Todos los que van a Pisa se hacen esas fotos. Seguro que ellos también han estado en el paraíso.

Animal doméstico. Masculino.

4 letras. Vertical. **G-A-T-O**. Un día que dejamos el balcón abierto para ventilar la habitación, Stoikov se escapó. Nunca lo había hecho. Pusimos carteles con su foto por todo el barrio, ofreciendo una recompensa. Casi una semana después alguien nos llamó. Dijo que había visto un gato en la boca de la estación de metro que podía ser Stoikov. Fuimos a buscarlo. Estaba irreconocible, muy delgado y lleno de heridas, pero era el nuestro. Otros gatos debían de ha-

berle pegado una paliza. Le llevamos al veterinario y, como apenas comía, tuvieron que ponerle una sonda. Con el tiempo se recuperó. De aquella aventura sólo le queda una ligera cojera que le impide saltar de un sofá al otro.

Bulbo de sabor fuerte que ahuyenta a los vampiros.
Plural.

4 letras. Vertical. La tercera es una O. **A-J-O-S**. Ella decía que eran buenos para el corazón. Al regresar del trabajo, cuando subía por la escalera, a la altura del segundo, ya podía notar el olor. Abría la puerta sin hacer ruido, entraba en la cocina y la sorprendía pelando ajos. Ella soltaba el cuchillo y, sin darme tiempo a quitarme el abrigo, se acercaba para abrazarme. Yo la apartaba con las manos, echándome hacia atrás. "Espérate, que hueles a ajo", le decía. Para entonces, ella ya me había rodeado con sus brazos y comenzaba a besarme entre risas. Yo me quejaba del olor e iba por el piso abriendo todas las ventanas, y ella me seguía, cerrándolas detrás de mí, y explicándome todas las propiedades del ajo, incluidas las afrodisiacas. Después de cenar hacíamos el amor encima del sofá y, por las noches, cuando el olor a ajo ya había desaparecido, me despertaba y le cogía la mano para acercármela a la nariz y volver a sentir ese olor, mientras ella continuaba durmiendo.

Separar por partes. Repartir.

7 letras. Horizontal. **D-I-V-I-D-I-R**. Después de seis años, todavía seguíamos juntos, pero la distancia que existía entre nosotros cada vez se iba haciendo más grande. Nos alejamos tanto que acabamos por separarnos. Y una noche, durante la cena, echamos cuentas y dividimos seis años entre dos. Dividimos los libros, los CD y los regalos que nos habían hecho, los lugares en los que habíamos estado y los que nos quedaron por visitar. Separamos los sofás, las películas que habíamos visto, los silencios, las fotos

que nos hicimos y las postales que no enviamos. Repartimos los nombres de los hijos que no llegamos a tener, los teléfonos de los amigos, las gotas de lluvia, los besos que nos guardamos, el polvo de los muebles, los estribillos de las canciones, las facturas pendientes y la arena de la playa que cada verano se quedaba en las zapatillas. Dividimos. Y cada uno eligió con qué se quedaba.

Pasatiempo que consiste en llenar huecos con letras que forman palabras.

10 letras. Vertical. **C-R-U-C-I-G-R-A-M-A**. Me paso la mayor parte del tiempo haciendo crucigramas. Leo las definiciones. Busco las palabras que mejor se adaptan a ellas. Cuento las letras. Relleno los espacios. Poco a poco, las palabras se forman solas y todo empieza a tener significado. Pero siempre queda algún hueco vacío. Este crucigrama tampoco voy a poder terminarlo. Cierro el periódico y giro la cabeza. Stoikov mira expectante desde su rincón. Me levanto y camino hacia la estantería, mientras él me sigue sin necesidad de llamarlo. Elijo un libro. Me siento en el sofá. Él se acerca y se desliza entre mis piernas. Alargo la mano para acariciarle el lomo y le veo alejarse con su cojera hacia el otro sofá. Se sube como puede y se acurruca entre los cojines. Él también la echa de menos.

Los amantes congelados

A Mari Nieves se le habían congelado, uno tras otro, todos los amantes que habían pasado por su cama. Sus cuerpos se iban enfriando poco a poco y, con las primeras luces, siempre aparecían convertidos en bloques de hielo. Pero esa noche su mala suerte podía cambiar. ¿Por qué no?, pensaba, mientras Eric todavía se movía dentro de ella. Al fin y al cabo, ella no tenía la culpa. Hasta ahora, había elegido a los hombres equivocados. Ése era el problema o, al menos, eso creía. Pero con Eric iba a ser diferente. Su amiga Carmen se lo había presentado la noche anterior en una discoteca. Él, con un fuerte acento, le dijo: "Hola, me llamo Eric y soy finlandés", y Mari Nieves sintió que todos los poros de la piel se le abrían y los pelos se le erizaban como estalagmitas, bajo la mirada de sus fríos ojos azules. Era objetivamente guapo, y sus casi dos metros se imponían en la pista de baile, pero Mari Nieves no se enamoró de su físico, sino de su origen nórdico. Le hubiese servido lo mismo un sueco que un noruego o un ruso. Hombres fuertes acostumbrados a soportar bajas temperaturas. Se lo imaginó con un hacha, cortando troncos en un bosque de Laponia, rodeado de nieve, y confió en que, si se acostaba con él, no se despertaría al lado de otra escultura de hielo.

Después de hacer el amor, Mari Nieves se giró hacia el lado izquierdo de la cama. No le hubiese disgustado saberse protegida por sus fuertes brazos y sentir cómo el sueño se apoderaba de ambos. Pero, ¿y si éste también se le con-

gelaba? Era necesario no hacerse ilusiones, no podría soportar que el frío la despertase por la mañana y verse amarrada a otro trozo de hielo. Por el momento, era mejor mantener la distancia. Sería una noche muy larga. Pendiente como estaba de la evolución de la temperatura en el cuerpo de Eric, le iba a costar bastante dormirse. Decidió contar amantes para conciliar el sueño. Los visualizaba paseando por el apartamento con un dorsal a la espalda. Con el número 1... ¡Alberto! Con el 2... ¡Ramiro! Con el 3... ¡Pedro! Pero enseguida se rebelaban y todos acababan por dirigirse a la cocina para entrar en el frigorífico. Con el número 15, le llegó el turno a Eric y también se dirigió hacia el frigorífico. Pero cuando abrió la puerta, en lugar de quedarse allí, como el resto de aquellos hombres, sacó una cerveza y se sentó en el sofá a ver la televisión.

Un suspiro de alivio resonó en la oscuridad de la habitación. Mientras deslizaba la mano entre las sábanas para comprobar que el cuerpo de Eric no había disminuido todavía de temperatura, recordó la sensación que le produjo el contacto con el cuerpo frío de Alberto, su primer novio. Fue la primera vez. Alberto se quedó congelado entre sus brazos, después de perder la virginidad. Lo habían hecho porque sí, porque a esa edad había que hacerlo, y porque todos lo hacían. Ella no esperaba sentir fuegos artificiales explotando en su interior, ni grandes llamaradas de pasión, ni otras cosas por el estilo, pero de ahí a que se le quedase congelado... Sus amigas le dijeron que no se preocupara, que la primera vez nunca era como se esperaba, que todo era cuestión de práctica y, que a esos años, la mayoría de los tíos no sabían hacer el amor. Pero claro, ellas no se habían despertado con un barra de hielo entre sus brazos. Con el tiempo apareció Ramiro y después de año y medio de excusas, tuvo que acceder a acostarse con él. Aquella segunda vez estuvo más pendiente de mantener encendida la calefacción y vigilar la temperatura del termostato que

de descubrir si de verdad el calor corría por sus cuerpos. No podía salir bien. El hecho es que no sólo el acto en sí no fue gratificante, sino que Ramiro II amaneció petrificado, con el aparato aún tieso, apuntando a la lámpara. Y Mari Nieves tuvo que ver cómo, con los primeros rayos de sol, el cuerpo de Ramiro comenzaba a descongelarse por aquel apéndice, dejando un charco de agua en la cama.

De aquello hacía ya mucho tiempo y ahora Mari Nieves se concentraba en escuchar la respiración de Eric. No parecían los pulmones de alguien que fuese a convertirse en un bloque de hielo. Se acercó un poco más y pegó la oreja a su pecho. El ritmo cardiaco era bueno. Mari Nieves siguió repasando su lista de amantes. Después de Ramiro, la vida sexual de Mari Nieves se había reducido a esporádicos encuentros veraniegos durante sus vacaciones, buscando el calor del Mediterráneo. Pero un agosto tras otro, había visto congelarse a Pedro, Gonzalo, David, Julio... En Benidorm, llegó a presenciar cómo, después de haber hecho el amor en una barca amarrada en la playa, la marea se llevaba a Giovanni, un italiano algo empalagoso que había conocido en una discoteca, y su cuerpo se alejaba mar adentro, flotando como un gran iceberg. Fue entonces, al regresar de sus vacaciones, cuando decidió cambiar de táctica y se dedicó a buscar un amante capaz de soportar las bajas temperaturas de su corazón, en lugar de empeñarse en elevar su calor corporal. La tarea no parecía fácil, pero en su esfuerzo por conocer a alguien que proviniese de latitudes más cercanas al Polo Norte que al Trópico de Cáncer, se acostó con un escocés y un holandés. La cosa tampoco funcionó y Mari Nieves prácticamente había perdido la esperanza, cuando conoció a Eric.

La minúscula luz fluorescente del despertador marcaba las cuatro de la mañana, y por fin el sueño se fue apoderando, poco a poco, de Mari Nieves. A la mañana siguiente cuando abrió los ojos, no encontró nada ni a nadie a su la-

do: ni estatua de hielo, ni charco de agua, ni finlandés llegado de lejanas tierras. Se levantó, pensando que todo había sido un sueño, cuando escuchó que Eric la llamaba desde el otro lado del apartamento. Entró en la cocina y lo descubrió preparando el desayuno: tostadas con mermelada de fresa, zumo de naranja natural y café con leche. Mientras desayunaban, charlaron de las diferencias culturales entre los españoles y los finlandeses. Eric le contó que pronto debería regresar a su país, pero que le encantaría que ella le acompañase. Mari Nieves dio un sorbo al café y pensó que Helsinki estaba muy lejos y que el finlandés era un idioma muy difícil y que el café se le había quedado helado.

Fotos

TÚ siempre decías que si no tienes fotos de los lugares a los que viajas es como si nunca hubieses estado en ellos, que con el tiempo los cuadros de las habitaciones de los hoteles, la mantequilla de los desayunos, las estatuas que vigilan las plazas y las columnas de las iglesias se van desdibujando hasta que apenas queda nada, y las ciudades, las fechas y los sentimientos se convierten en ideas vagas, retales descosidos, piezas sueltas de diferentes puzzles que acaban por olvidarse. En cambio, si tienes fotos, basta con abrir un álbum, por ejemplo, el de Italia, para recordar el gesto de un camarero al servirte una copa de vino en una terraza de *Piazza Nabona*, para escuchar el zambullido de una moneda en la *Fontana di Trevi*, para sentir el relieve áspero de las ruinas del *Coso* o el esquelético olor a historia y a humedad de los muros del *Castello Sant'Angelo*.

Sé que no quisiste llevártelas, Marta, pero puede que ahora, desde el ángulo que deja la distancia, te apetezca tenerlas. Por eso, te envío algunas de las fotos que hicimos en Roma. En una de ellas estás tomando un helado. Me imagino que te seguirán gustando los helados tanto como entonces. O quizás no. Las personas cambian, fue lo que dijiste. Y las ciudades, ¿las ciudades también cambian, Marta? Era el primer día de viaje, cerca de la entrada al *Panteón*. Todavía no habíamos comido, pero tú te morías por probar un helado italiano y no pudiste aguantar más. Yo pedí uno de limón. ¿*Stracciatella*, avellana, chocolate, fresa? Había tantos sabores que no te decidías por ninguno.

Al final, elegiste vainilla. En la foto sacas la lengua y tienes los labios manchados de vainilla. La vainilla hace juego con tus ojos y con las paredes del *Panteón*. El sol alarga tu sombra hasta invitarla a adentrarse en el mausoleo. En la guía que compramos decía que dentro estaban enterrados el rey Víctor Manuel II y el pintor Rafael. La tumba del rey, la encontramos, pero la de Rafael, no. Seguirá allí, jugando al escondite con los turistas.

La semana que viene viajo a Roma. Voy a un congreso y creo que me sobraré algo de tiempo para pasear por la ciudad. Quizás esta vez descubra la tumba. Yo no he regresado a Roma desde que estuve contigo. ¿Y tú? Seguro que tú sí has vuelto. Siempre decías que, de todas las ciudades en las que habías estado, Roma era la que más te gustaba. Te apasionaba viajar. Cualquier puente era una excusa; cualquier oferta, una oportunidad: Roma, París, Londres, Ámsterdam, Venecia, Praga. Yo siempre llevaba la cámara de fotos y en todos los viajes gastábamos dos o tres carretes. Los revelábamos y tú te encargabas de pegar las fotos en un álbum. Junto a ellas, colocabas con mimo los billetes del metro, las entradas de los museos y las tarjetas de los restaurantes que habías guardado durante el viaje y añadías pequeñas anotaciones a mano.

¿Por qué olvidaste aquí todos los álbumes, Marta? ¿Por qué no te los llevaste? Recuerdos envasados con fecha de caducidad. Yo no podía evitarlo y cada mes abría uno. En marzo, porque al pasar la bayeta, las partículas de polvo revoloteaban por la estantería y aterrizaban en el aeropuerto *Charles de Gaulle*, y tú acelerabas el paso por el *Barrio Latino*, atraída por la música de un violín ambulante, o te detenías ante el trazo firme de un pintor que reproducía la cúpula del *Sacre Coeur*. En abril, porque un rayo de sol se colaba por la persiana y uno de los álbumes adquiría ese brillo que tienen las aguas del Moldava cuando el sol empieza a esconderse detrás de los tejados rojos,